

BASES

Este periódico se publica los días meados los festivos, repartiéndose además, gratis una edición á los obreros.
Oficinas:
Beato Diego de Cádiz, n.º 6
Talleres, en la misma casa.

SUSCRIPCION

En Cádiz, al mes, Ptas. 1'50
Provincias, trimestre 5'00
Número del día 10 céntimos.
Anuncios á precios módicos, con extensa circulación, por insertarse en las ediciones que en gran número se reparten gratis.

LA INFORMACION

PARA LOS OBREROS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

La blasfemia

Vaya sobre la materia un caso verdadero.
Creía no poder desacostumbrarse del vicio de blasfemar y soltar juramentos un viejo militar, lleno de años y cicatrices, á quien servía en su enfermedad postrera una de las Hermanas de la Caridad que cuidan enfermos á domicilio.
Teníale ganado con sus excelentes servicios el corazón la buena Hermana, y háblale seducido á las prácticas de piedad que el bravo soldado había olvidado un tantico, ocupado en sus campañas.
Pero en cuanto al vicio de blasfemar no podía el pobre vencer (así decía él) su arraigada costumbre.
A cada desapiadado tirón que le daban los nervios, soltaba el viejo mil sapos y culebras que á la pobre religiosa la dejaban horrorizada.
La caridad ingeniosa sugirióle á la Hermana un modo de corregirle; fué el siguiente.
—General—le dijo la Hermana—me estáis agradecido, y lo conozco, y mil veces me lo habéis dicho.
—Voy pues á pedir os un favor.
—Decid, Hermana, decid: así pudiese corresponder con algo á vuestras bondades.
—¿Cuál es la petición?
—Una frívola, general; no soltaréis jamás una blasfemia por vivos que sean los dolores que os atormenten.
—Imposible, Hermana, imposible. Estoy acostumbrado y no puedo vencer.
—Es que no he llegado aún á mi petición General; no hice más que sentar el precedente. Como bravo militar, sois hombre de honor, y si me dais palabra de honor la cumpliréis.
—No la daré, Hermana, porque no la puedo cumplir.
—Pero, ¡por Dios! calma, amigo mío, que no hemos llegado aún á lo bueno. La palabra de honor que daréis será no de no blasfemar, que eso me decís que os fuera imposible cumplirlo, sino de darme inmediatamente una peseta para los pobres á cada blasfemia ó juramento que soltéis. Que eso lo podréis perfectamente cumplir.
—Convenido, Hermana; no os lo puedo negar, pero no llevaré yo mala penitencia.
Y conforme á la palabra de honor empeñada llevaba cada noche la religiosa al buen militar la cuenta de sus blasfemias que, á razón de cuatro reales una, salíanle al pobre más caras que todos los gastos de lo enfermedad.
Quiso entrar en explicaciones, pero la palabra de honor estaba por medio, y el honor es para un soldado más que la vida.
La inflexible Hermana acudía á cobrar todas las noches sus limonas, sin descontar ochavo.
Pero observó que cada noche cobraba menos, porque el militar, conforme veía lo caras que le salían, menudeaban menos cada día sus groseras inconveniencias.
Así logró deshacerse poco á poco de un vicio que juzgaba él no poder en modo alguno desarraigarse.
La noche en que por vez primera le llevó la Hermana cuenta en blanco, díjole entre seria y burlona la buena religiosa:
—General, á peseta cada una os han parecido muy caras las blasfemias, y así habéis trabajado por ahorraros ese gasto de presupuesto.
Mas caro os presentará la cuenta Dios

si volvéis á ellas, porque cada una os costará una eternidad.
Conque... dadme ahora la palabra de honor de no blasfemar ya más, que bien véis se puede cumplir si se quiere.
Aquí os devuelvo vuestro dinero, que bien lo habéis menester.
¡¡Amiguitos blasfemos, apliquemos la historia!!

La guerra europea

Carta de un soldado alemán. — Cómo se trata en Francia á los heridos alemanes.
Un querido amigo nuestro, que acaba de regresar de Biarritz, y que durante su estancia en aquella población se dedicó al cuidado de los heridos, así franceses como alemanes, hizo amistad, por su conocimiento del idioma germano, con un valiente soldado alemán, natural de Leipzig; al que los franceses recogieron herido.
Este soldado, cuyas iniciales son A. K., es sargento del 107.º regimiento de infantería alemana.
Cuenta veintinueve años, y es padre de seis hijos, el último de los cuales habrá nacido por estos días, no conociéndole aún por consiguiente.
Está albergado en el Casino Municipal, convertido en hospital ahora, y ocupa la cama número 144 del salón de «baccarat», llamada en estas tristes circunstancias sala I. J.
El soldado alemán entregó á nuestro amigo una carta, y le rogó que la enviara por correo á un periódico de su país, para que la publicase.
Como dicha carta da idea de cómo son tratados en Francia los heridos alemanes, aquí solicito del herido permiso para publicarla también en un periódico español.
Al efecto nos envía nuestro amigo la carta, en su original alemán, y una traducción en castellano.
Dice así la carta:
—«Hospital temporal de Biarritz. — Septiembre de 1914.
Al periódico «Die Neuesten Nachrichten», de Leipzig.
Soy un abonado de su periódico; estoy ahora en la guerra, como sargento, y le ruego publique el siguiente artículo:
Antes de la movilización se nos decía en Alemania que los franceses iban á tratar muy mal á sus prisioneros; los periódicos recordaban cómo habían sido tratados los nuestros en 1870.
Las cosas, de todas maneras, no han pasado ahora como en 1870.
Fui hecho prisionero de los franceses, después de ser herido gravemente por un casco de granada en la cadera izquierda.
Aunque nuestros adversarios no tenían por qué tratarnos bien (nuestro oficial había sacado un pañuelo blanco para indicar que nuestra compañía quería rendirse, y á pesar de eso disparó cuando los franceses se acercaron), fui recogido muy fraternalmente por nuestros enemigos, quienes me llevaron durante muchos kilómetros, y esto de noche, hasta que alcanzamos la ambulancia.
Esta última manera de proceder es digna de ser mencionada con mucha insistencia.
Ahora me encuentro en un hospital, en Biarritz, situado en la costa franco-española.
Toda la ciudad ha cedido sus hoteles y edificios para los heridos.
Estoy con otros treinta heridos alemanes, en un cuarto magnífico y muy alto de techo.

Estamos acostados en camas con ropa muy limpia.
El servicio de enfermeras está hecho por verdaderas señoras de aquí, vestidas de blanco, y que nos tratan con muchísimo cuidado y desvelo.
Nuestra exquisita alimentación se compone de café por la mañana, comida caliente y vino por la tarde y por la noche.
De vez en cuando nos reparten cigarrillos.
Los médicos trabajan desde por la mañana temprano hasta por la noche, y hacen todo lo posible para que no suframos y para curarnos.
En una palabra; estamos en un hospital modelo.
Como la Sanidad militar francesa obedece á una sola organización, supongo estarán arreglados de la misma manera los demás hospitales. Por lo cual ruego á todos los alemanes que en nuestra patria cuiden heridos, que traten bien á los franceses, que no hagan ninguna diferencia entre ellos y nosotros, porque los franceses se lo merecen.—A. K. 6.º Cla. R. I. R.—107, Leipzig.
P. S.—Ruego que envíe á mi mujer un ejemplar del número en que se publique este artículo, diciéndole que es mío.»
(De «La Epoca».)
El plan de Joffre.—El espíritu catalán y el espíritu germano.
Monsieur León Daudot, escribe en «L'Action Française» un artículo comentando las operaciones militares en Francia.
Dice así:
«Se puede decir hoy, cuando á los alemanes les ha fracasado su plan: sus ejércitos «eran» una de las más terribles máquinas de guerra que el mundo ha conocido.
Primeramente, desde hace cuarenta y cuatro años, disfrutaba de un prestigio incontestable.
Además, todo ese tiempo han sido la preocupación constante de un gran Estado Mayor, formado por los que fueron vencedores; el primero de todos, el famoso Moltke.
Finalmente, disponía de un material que se aumentaba sin cesar, y para el cual ni la nación ni el Emperador han escatimado nada.
No solamente el gran Estado Mayor alemán preparaba la nueva campaña de Francia, escalón por escalón, kilómetro por kilómetro, ayudándose de una nube de espías hábiles y bien pagados, sino que adaptaba á la táctica moderna la falange antigua y todas las artimañas de guerra empleadas por los romanos.
Sería un estudio interesante el de esta mezcla de arcaísmo y de destrucción sistemática sobre esta barbarie documentada, que es un rasgo del carácter germano.
Son gentes que estudian á Tucídides en un automóvil blindado, y que corrigen á Atila por Arquimides.
Tal era, en síntesis, el adversario con el cual tenían que luchar el generalísimo Joffre y sus colaboradores.
Atacar de frente á esa catapulta no había que pensar en ello, vista la diferencia numérica de los dos pueblos.
Había que fatigarla antes; después atacar el punto débil, desencadenado en el momento oportuno débil, desencadenado en el momento oportuno la prodigiosa impetuosidad acumulada de los franceses.
Hay que reconocer que la alianza con los ingleses, cuyo espíritu comprende, al contrario, maravillosamente ese género

de lucha que simboliza el término de «cunctator», ha sido un don de la Providencia.
Las tropas del general French han entrado, naturalmente, en los proyectos del generalísimo francés, y esta cooperación ha contribuido considerablemente á la victoria.
Los alemanes habían preparado todo, excepto la reforma de su homicida fatuidad nacional.
Ahora expían esa fatuidad cruelmente, y la expiarán hasta la caída del Imperio, lo cual será excelente.
El alto mando alemán, ante un adversario de esta talla, no ha pensado siquiera en rectificar.
Esta es otra de sus costumbres; la perseverancia en el error es para los alemanes una virtud.
Habían decretado hace treinta años que marcharían sobre París por el valle del Oise, como lo había dispuesto su «vor-trag», ó si preferís su «topos», hasta que se han convencido de que atacar á París habiendo un ejército dentro de la ciudad y otro atrás del invasor era una cosa impracticable.
Es preciso que la presión de las circunstancias haya sido muy fuerte para que lo hayan reconocido.
A la hora actual, von Kluck y von Heering, que pasan por ser los dos directores de la combinación fracasada, no se han enterado de lo sucedido.
«Unglaublich!», increíble; el general Joffre tenía «su» plan; se permitía no entrar en el de esos señores.
El espíritu catalán dislocaba al coloso germano.
Eso es precisamente lo que ha presidido el genio del generalísimo: oponer á un método de brutalidad y de violencia súbita un método exactamente contrario.»
Del Marne al Aisne.—Frente á frente
Aliados y alemanes están frente á frente.
Un despiadado enemigo común combate por igual á unos y á otros: las lluvias equinocciales, que caen sin interrupción desde hace días.
Figuraos lo que serán para los soldados de uno y otro bando los campamentos convertidos en lagunas sobre tierras removidas para construir las trincheras.
Imaginad qué descanso será el de esos infelices; cuál será su sueño sin poder despojarse de sus uniformes, calados como esponjas; qué ranchos serán los suyos; de qué temperatura disfrutarán para dar á sus cuerpos las energías perdidas en una incesante lucha.
No es parcialidad, sino pura observación afirmar que la peor parte en esta guerra de la naturaleza es para los alemanes.
Los franceses siquiera visten su uniforme de recio paño, que les habrá atormentado en los calurosos días del pasado Agosto, pero que ahora les ayuda á soportar el frío húmedo del otoño; pero los alemanes siguen con su traje «kaki», que el agua de las nubes convierte en oblea pegada al cuerpo, para mayo: mortificación.
En igualdad de condiciones estarían los ingleses, con excepción de los escoceses, si no fuese porque, siendo como son previsores ó prácticos y porque han nacido en país normalmente lluvioso, llevan en su petate una prenda de vestir impermeabilizada.
De todos modos, inspiran compasión los combatientes, que se acechan como

